

¿Contaminación Mental?

El Ejército y las Ideas

POR LORENZO MEYER

LA semana pasada, y refiriéndose a la libertad de prensa, Tomás Mojarro en una entrevista y René Avilés en un editorial, coincidieron en identificar los tabúes del periodismo mexicano: la religión, la figura presidencial y el ejército. Una muestra más de nuestro subdesarrollo, pues la presidencia y el ejército son instituciones públicas y la religión institucionalizada tiene innegables efectos públicos. Nosotros aspiramos a ser una democracia, y así lo dice nuestra Constitución, por lo tanto, nuestra prensa debe de abordar estos tres temas —y cualquier otro— cuando compete al interés público. Y eso es lo que ocurre ahora, pues unas declaraciones del secretario de la Defensa la semana pasada, hacen necesario debatir cuál debe ser la relación adecuada entre el ejército y la difusión de las ideas.

★

AL celebrarse —a la sombra del asesinato de Manuel Buendía— el llamado "Día de la Libertad de Prensa" el jueves pasado, el Presidente se vio en la necesidad de reafirmar que: "La nación no le teme a la libertad; ni siquiera a sus abusos o desviaciones. El libre juego de las ideas hace aflorar la verdad". Sin embargo, ese mismo día —y quiero creer que fue sólo una desafortunada coincidencia— el secretario de la Defensa en un seminario sobre ecología asumió una posición que podría interpretarse como opuesta a la del Presidente, y que, además, puede evocar algunos de

los peores momentos del autoritarismo mexicano. El secretario, según se reportó en este diario, declaró que era necesario "evitar la contaminación mental producida por influencias ideológicas extrañas". Informó, además que la dependencia a su cargo lleva a cabo campañas especifi-

cas para evitar la presencia de corrientes ajenas al "nacionalismo revolucionario". ¿Qué quiso decir con todo esto el secretario? ¿A qué ideas se refirió? ¿De dónde quiere alejar estas corrientes y por qué medios?

En mi opinión, el ejército mexicano ha mantenido una conducta política de gran sensatez y es necesario que continúe así. Se trata de un ejército pequeño, que no demanda una parte sustantiva de los dineros públicos y que, a diferencia de los ejércitos de América del Sur, no se ha metido abiertamente en la lucha por el poder. Justamente por eso no experimenta la falta de legitimidad y la tremenda división interna que afligen a ejércitos como el argentino, el uruguayo o el brasileño, por sólo mencionar algunos. De ahí que no sea prudente que la Secretaría de la Defensa se meta en campos que son obviamente políticos... y sobre todo espinosos. En relación a las ideas, ya estamos maduros los mexicanos para decidir individualmente lo que nos conviene, además, es nuestro derecho. Somos, en principio, una sociedad abierta.

★

HAY razones prácticas, además de las políticas y jurídicas, que aconsejan que el ejército no aborde el tema de la "contaminación mental". La historia muestra a las claras que por la fuerza nunca se ha podido evitar la diseminación de las ideas. Entre nosotros y hace siglos, la Inquisición y la Corona fracasaron en este empeño. A fin

de cuentas, los líderes de nuestra independencia —entre los que figura Morelos, tan admirado por el ejército—, abrevaron en ideas "exóticas", que los poderosos de la época se empeñaron en combatir: La idea de la democracia, como todos saben, tiene uno de sus principales orígenes en la Grecia clásica, fue enriquecida por el espíritu igualitario del cristianismo —que tampoco es de origen mexicano— y finalmente fue puesta en práctica en la época moderna por la Revolución Francesa. Las ideas, en fin, son patrimonio de la Humanidad, y no creo que su difusión se contraponga a la práctica de un sano nacionalismo, sea este "revolucionario" o de cualquiera otra índole.

Nuestro ejército debe de tener en cuenta que por este camino se está en peligro de desembocar en intentos tan inútiles y ridículos como los del ejército argentino en los últimos veinte años. La democracia, tan combatida por los militares de ese país, volvió a Argentina, y hoy día las ideas sociales de toda índole se debaten tan o más ampliamente que antes de la larga noche de los militares. Sin embargo, la historia registrará, para ver-

guenza del ejército argentino, su incapacidad como maquinaria bélica y su eficiencia como destructor de las bibliotecas universitarias mediante el saqueo —inútil— de cientos de miles de libros considerados "subversivos".

★

SI pues, la idea y doctrina de la "seguridad nacional" que llegue a elaborarse en México debe de tener en cuenta la necesidad de no repetir los excesos que en este campo se cometieron en otros países latinoamericanos. Ahí, bajo el pretexto de la defensa de lo nacio-

nal, se terminó por hacer del ejército una mera fuerza reaccionaria, ferozmente antisocialista y el principal obstáculo al cambio ordenado. Eso no debe de volver a ocurrir acá; el experimento huertista de 1913-1914 debe de ser el último que tengamos. Nuestro ejército debe aceptar como algo natural el libre flujo de ideas —que es una realidad entre nosotros— así como que el cambio social y cultural es inevitable y deseable, pues la situación presente contiene grandes injusticias e irracionalidades. Nuestro mundo no es el mejor de los posibles. Así pues, lo que todos debemos procurar es que tal cambio sea lo menos traumático y lo más benéfico posible para la sociedad en su conjunto.

El Ejército Mexicano se está modernizando, y está bien. Como parte de este proceso, se está convirtiendo en una estructura más compleja tanto en lo material como en lo intelectual. De este proceso de modernización sus oficiales, jefes y generales deben salir

mejor preparados para entender y aceptar las ideas múltiples y contradictorias —vengan de donde vengan— con las que se intenta comprender y explicar el mundo moderno y sus problemas. Es necesario de-

jar atrás concepciones tan simples, por peligrosas, como las que pudiera implicar el concepto de "contaminación mental". Esto va mal con el espíritu de la reforma política.